

PETROLEO EN VALDEAJOS



OS yacimientos de petróleo en Persia y el Irak, los primeros que brotaron en la historia moderna del combustible, están en cierto modo situados en graves encrucijadas. Los primeros en un lugar conocido todavía por Masjíd-i-Sulaiman, que significa Mezquita de Salomón. Los pozos no distan de las ruinas de un templo que tiene tres mil años de antigüedad, del que se conservan unas escalinatas de granito, en repecho hacia el valle; los segundos, están sólo a unos pocos kilómetros del lugar conocido, desde la antigüedad, por los "Fuegos de Nabucodonosor", con resonancias también antiquísimas. Esos dos yacimientos abrieron al mundo la era moderna del petróleo, el primero en mayo de 1908 y el segundo en octubre de 1927. El petróleo existía ya, pero no advirtió de su utilidad y de su interés hasta muy avanzada la navegación a vapor, para ser requerido con urgencia, como signo de una nueva civilización sustitutiva del carbón en los años de la primera guerra. En la antigüedad, como betún asfáltico, fue utilizado en fuentes y construcciones en la ciudad de Hit, a orillas del Eufrates, en la muralla de Babilonia y en los Jardines Colgantes de la reina Semiramis. El Génesis indica que fue utilizado también en la famosa Torre de Babel; según afirman los estudiosos, Noé lo utilizó en la construcción del Arca; usó "brea", que es el nombre original de la moderna Ur de los Caldeos. Resulta, pues, que la materia que mueve en gran parte a la civilización actual es uno de los ingredientes más antiguos de la historia del mundo, es más: es una de las esencias de su geología, antecesora del hombre que ahora lo utiliza.

Estas acotaciones eruditas respecto al petróleo no tendrían razón de ser si el lugar en que se ha hallado en España no se llamara precisamente Valdeajos, sinónimo de valle de los ajos. La resonante toponimia de las fuentes del petróleo en el Próximo Oriente queda contrastada en este lugar del mapa por una abreviatura sanchopancesca, aldeana y a ras del suelo y por una referencia directa a un producto agrícola tan elemental, pero tan antiguo y tan hispánico como es el ajo. ¿Será porque se trata sólo de avisarnos de que muestra "era del petróleo" no debe inducirnos a grandes desvarios, sino sólo inclinarnos a condimentar nuestra economía, a darle un sabor, a complementarla moderadamente? En cualquier caso es alentador que se entremezcle la misteriosa sustancia del hidrocarburo con la maravilla vegetal del ajo, cuyo proceso de síntesis es otro de los misterios de la naturaleza. Contemporáneo también de Salomón, el ajo parece que resuma a veces su sabiduría.

Las características del hallazgo que hoy apasiona a España entera no son iguales a las que alumbraron los grandes yacimientos a que nos hemos referido. En Masjíd-i-Sulaiman el petróleo brotó a menos de quinientos metros de perforación. Cierta que el proceso de su aparición requirió no menos que la perforación de más de trescientos pozos, antes de dar con el bueno. En esas zonas, y en otras como las de Venezuela o California, los yacimientos son, empero, de enorme dimensión. El de Valdeajos es más casero y modesto; lo que no obsta para que el hallazgo sea de una importancia mayúscula para nuestro país, por dos razones: primero, porque evidencia la existencia de petróleo en nuestro suelo; segundo, porque España no necesita una "fiebre" de petróleo; le bastaría con el suficiente para encender su hornillo, para su consumo interior. Con sólo que se obtuviera el suficiente para el consumo casero, la riqueza en ahorro de divisas que se produciría sería capaz, en estos momentos ya eufóricos principalmente a causa del turismo —otro pozo en la superficie—, de transformar definitivamente el mapa económico de España.

El petróleo es uno de los grandes ensueños de nuestra época. Lo es por muchas razones, pero principalmente porque mueve los tanques y la maquinaria bélica y, por tanto, mueve la fuerza y la paz. Desde el alumbramiento de los primeros pozos hasta hoy el poder público a escala universal es una especie de dictadura del petróleo. Es probable que exista en producción el petróleo suficiente para regar al mundo; pero sobre ninguna otra materia

se ejerce a sabiendas un control de distribución y de mercados tan riguroso como sobre ésta. También es cierto que el descubrimiento y la explotación del mineral requieren condiciones en las que sólo era capaz de triunfar la estructura económica del capitalismo, por lo menos en los tiempos en que se descubrió la enorme fuerza que contiene. Ya antes de que fueran alumbrados los primeros pozos, en la década de las prospecciones, previa a la guerra del catorce, tuvo lugar la incruenta guerra de las empresas por las concesiones de exploración; verdadera batalla estratégica entre el Imperio alemán de Guillermo II y la Inglaterra postvictoriana. Los entresijos de esta batalla, antecedente de la que luego sobrevendría, explica toda la historia del mundo actual. Han tenido que pasar años y sucederse dos guerras para que el petróleo fuera también un instrumento de paz y se convirtiera en un elemento de comercio y de asueto públicos.

Pero el nuestro, ese chorro sobre el cual se especula con tanta ponderación como acierto, ha brotado en Valdeajos y eso debe tranquilizarnos. Alrededor de nuestro petróleo no hay, por el momento, más que efluvios y rumbres. En quince días nos hemos puesto todos a improvizar unos conocimientos sumarios sobre la materia, relativos a la geología, en función de las capas que pueda haber. Hablamos de "rentabilidad", de la presión y de los "pipelines"; cuando el chorro de Valdeajos se dispara sentimos la tentación de enviar un telegrama a los ingenieros para precaverles del peligro de que se moje la piedra, como si se tratara de un encendedor; porque verdaderamente tiene algo de encendedor con piedra ese lugar de Burgos perdido en los recodos de la geografía hispánica, donde bala la oveja y se inclina la mies.

cautela imaginativa

Prescindamos de lo que el acontecimiento tiene hasta ahora de secuencia de película neorealista y de "milagro en Milán". Los personajes que protagonizan el suceso de Valdeajos son hasta el momento aquellos seres de España cubiertos con boina, dignos de Cela o de Baroja, y que ante el potente chorro del líquido negro no se alarmaron con exceso; contestan a los periodistas que sí, que lo celebraron, pero no más que otras cosas: simplemente, con unos vasos en la taberna. Un epigrafe delicioso ha aparecido en un tugurio de Valdeajos: "El rey del Petróleo", y luego, a la americana: "Snack bar". Las fuerzas vivas de Valdeajos organizaron un festival con fiscornio y tambor digno de la mejor literatura del género. Al penacho de nafta le flanqueó otro, breve y más modesto, de espumoso. En conjunto, no más que un croquis local que nos acercó una vez más a la España ignorada, eterna y debatida.

Pero si prescindimos de la anécdota y del color nos veremos entonces metidos de lleno en los cálculos y proyectos del conocido personaje de la fábula. Estamos sin querer inmersos en el proceso de la lechera, protagonista del famoso cuento. En lugar de leche, nuestro bagaje será petróleo. Empezamos a pensar: ¿es cierto que la producción de petróleo significaría para España un ahorro en divisas de sesenta mil millones de pesetas? En el acto hacemos cálculos sobre lo que en España se podría hacer con esta cantidad; verdaderamente es probable que entonces no hubiera problemas; que, en tal caso, se pudieran edificar y hacer vivir dos docenas de universidades, un centenar de escuelas técnicas y diez millares de escuelas primarias. Podría ser una realidad a corto plazo una autopista directa de Madrid a las cinco vertientes de la piel de toro y que los cuatrocientos kilómetros a que se reduciría el trayecto Barcelona-Madrid pudieran ser cubiertos en cuatro o cinco horas. ¿Y los polos de desarrollo? Cuestión de un par de meses. Con este dinero se podría emprender una reforma agraria radical y una industrialización masiva. Podría ser reducida a una décima parte la extensión del mapa destinada a cotos de casa, como desagravio al ajo ibérico; y congeniar el olivar con la mies o con la remolacha. En fin, la fantasía nos ofrece un panorama fértil y productivo, con trasplante de limpiabotas a las zonas subdesarrolladas y reemigración de cuadros flamencos a su lugar de origen. Una España nueva, equilibrada y productora, toda ella fertilizada por millares de millones de ahorro nacional.

No pensemos demasiado en esos planes. Es prudente reducir la alegría a sus términos locales y celebrar la sorpresa únicamente con unos sostenidos de fiscornio pueblerino. Seamos prudentes; no sea que se nos vaya a mojar la piedra. Pero... Si fuera de verdad, entonces...